

Frente libertario

Madrid
19 octubre
de 1937

NUM. 321

editado por el comité de defensa confederal -:- región centro

Asturias, lección de heroísmo, de abnegación y de alianza

Todos los trabajadores unidos, dispuestos a que cada monte y cada aldea sean una nueva e inmortal Numancia

Ya pueden los *Feltri* Musso-
lini y Ciano representar a las
mil maravillas el papel de be-
nefactores directos o indirectos
de Franco y su cuadrilla. Contra
el indomable pueblo español,
el lenguaje diplomático no sirve
más que para que, con él, rehu-
yamos todo contacto. Sabemos,
y de ello estamos más que seguros,
desde el primer día del alzamiento
de las mesnadas fascistas contra
el pueblo, que éste logrará su
victoria sólo y exclusivamente
con el triunfo de las armas. Por
esta razón, cuando los más
audaces en la contienda se en-
frentaron contra los traidores,
opusieron sus pechos desnudos
a la metralla enemiga, seguros
de que el triunfo final haría
de coronar su gesta de sacrificio.
Después, cuando el pueblo con-
quistara parte de las armas que
el enemigo tenía escondidas para
masacrarlo, la lucha se inclinó a
nuestro favor, cubriéndose etapas
como las del cuartel de la Monta-
ña, Carabanchel, Toledo, Cuenca,
Guadalajara... Y así se hubiera
llegado hasta el límite de todas
las fronteras ibéricas si la traición—
en muchos casos fué la traición y la
negligencia—no se hubiera encar-
gado de dar un viraje a aquel
ímpetu revolucionario de nuestras
Milicias.

Pese a lo bien que caracte-
rizan sus papeles a Edel, el
fascismo siguió ayudando a los
militares sublevados, y no era
suficiente el heroísmo de que
hacía gala el pueblo. Había que
oponer un potente Ejército
regular a las torpas regulares
invasoras, que ayudaban a fa-
langistas, requetés y marro-
quíes. Y el pueblo, este pueblo
que desde el primer día con-
fió en el triunfo y por ello dió
de sí cuanto tenía, forjó ese
Ejército popular que era tan ne-
cesario y que hoy es la garan-
tía de nuestra revolución y del
triunfo de la causa del pueblo.

Los únicos que, al margen

de esta epopeya, se estatifica-
ron en un ostracismo rayano
en la insensatez, fueron los an-
tiguos políticos españoles y los
no tanto. Otros, más cautos,
marcharon al Extranjero, y los
más se diluyeron por la zona
leal en espera de las «vacas
gordas» para sus apetitos in-
confesables.

En una región no pudo dar-
se este fenómeno. Esa región
había de ser la eternamente
inártrix, la más que ninguna
heroica, la directriz de nuestra
gesta revolucionaria y la an-
tocha y guía de la liberación
de todos los oprimidos. Esa
región había de ser Asturias,
la que hizo que los poetas y
cancioneros le brindasen sus
mejores endechas. La admiración
de propios y extraños. Astu-
rias, la del «U. H. P.». Por-
que es en esta Unión inde-
structible donde radican sus
triunfos de ayer y su fantástica
defensiva de hoy. En Asturias,
donde los Comités provinciales
y los organismos locales están
compuestos por un Frente An-
tifascista donde la U. G. T. y
la C. N. T. tienen una repre-
sentación proporcional a sus
fuerzas, es donde se puede dar
el caso de este ejemplo de he-
roísmo. Pocas noticias nos vien-
nen de allá. Pero, a través de
los informes oficiales, de los
relatos de la Prensa extranjera
y —¿por qué no decirlo?— de
la misma impresión oficial que
de la guerra en el Norte dan
los facciosos, es donde se pue-
de reconstruir parte de los ca-
pítulos más impresionantes de
nuestra guerra. Es en Asturias
donde apenas si el enemigo en-
cuentra prisioneros que captu-
rar; el fascismo no encuentra
entre las abruptas montañas
astures más que la muerte y la
desolación. Cuando, palmo a
palmo, pecho a pecho, se pier-
de una posición, es porque de
antemano cayeron muertos to-
dos sus defensores en los repe-
tidos ataques de que fué aque-
lla objeto. Y, antes de entre-
gar una plaza, por insignifi-

cante que sea, se destruye
una nueva Numancia, ilu-
minando los resplandores de
aquel pueblo, destruido mas
no humillado ni vencido, toda
la grandeza de la gesta que el
pueblo está escribiendo con su
sangre.

Y, para ayudar a Asturias,
Aragón avanza, avanza siem-
pre. Con mayor o menor ra-
pidez, en pequeña o grande
extensión, pero siempre avanza.
Como modelo de frentes,
que todo lo dan por los demás,
puesto que se limitó a tener en-
tretenido al enemigo grandes
contingentes de hombres y ma-
terial en tanto el mando dispo-
nía la ofensiva en otros frentes,
y más tarde, cuando la orden
llegó, centenares de kilómetros
cuadrados de terreno caían en
poder de aquellas victoriosas
tropas en el frente de los triun-
fos, figura este ejército de Ara-
gón, estos continuadores de la
obra de Durruti.

Vir para la guerra. Atacando
cuando el mando lo ordena y
moviendo los efectivos cuando

nuestros frentes están lejos del
lugar de las operaciones, pre-
parándose para un nuevo ata-
que. Si se ha hecho así, que en
Asturias se presenta tan fuerte,
tan potente, que, pese a los rigores
de la invasión, a la falta de ali-
mentos y a la ofensiva brutal de
centenares de trimotores y «ca-
zas» que a diario destruyen sus
ciudades, la unidad es el impera-
tivo del momento. Y contra la
unidad no pueden nada el fas-
cismo, ni los traidores, ni los
saboteadores de nuestra gran
contienda, ni los pusilánimes,
ni los cobardes, ni los embos-
cados. Cuando todos, absolu-
tamente todos, están compro-
metidos en la responsabilidad
de la dirección de la lucha, los
casos aislados de cobardía se
sancionan, como en Asturias
acaba de hacerse con los que
cobardemente huyeron, camino
de mejores y más templados
climas. Allí, el traidor, el co-
barde, el tímido está proscrito
para la lucha. ¡Ah! Si el ejem-
plo cundiera en toda España,

nuestro triunfo llegaría más a
prisa de lo que todo el mundo
supone. Si el que no estuviera
templado para la guerra supie-
ra que frente al fascismo no
hay más que un dilema: morir
o matar; si a los que huyen no
les quedara más camino que
responder ante los Tribunales
del pueblo de su crimen desmo-
ralizador, toda España sería
Asturias. Y aún es tiempo de
que nos decidamos formal y
heroicamente a rectificar posi-
ciones que tiendan a romper
esta unidad que se precisa, que
es urgente, que es inaplazable.

La unidad sólo pueden for-
jarla los que saben juramentarse
para morir ante el enemigo
antes que entregarse, antes de
buscar la huida; sólo son ca-
paces de hacerla templos de
acero, como los que en Astu-
rias se apiñan en las trincheras,
en los puestos de dirección, sin
preguntarle al camarada qué
carnet o qué filiación política
se gasta para andar por la re-
taguardia.

Flechazos

No será de nuestros labios, de los
labios que salgan palabras hirientes
para la bella ciudad del Turia. No, el
compartimiento de su pan y de su ho-
gar con los nuestros. Los mil y mil
hechos que la hicieron histórica. Su
abolengo liberal y revolucionario. Su
antifascismo y su heroísmo la hacen
digna de todo respeto; y nosotros sa-
bemos y queremos respetarla. Y por
ello, porque sabemos y queremos res-
petarla, porque la creemos como nues-
tra y como nuestros sentimos sus do-
lores, es por lo que nos duele verla
presa y verla sufrir esa epidemia. ¡Oh,
las morenas y hermosas mujeres de
Valencia! Y la epidemia que Valen-
cia sufre es la epidemia de las galli-
nas.

Desde hace algunos meses, y quizá,
quizá por el presentimiento de las po-
sibles dificultades de abastecimiento,
padece Valencia una asoladora epi-
demia de gallinas. Y decimos que la pa-
dece, porque hemos tenido ocasión de
pasar en nuestra bella capital una no-
che. Y las gallinas que en toda casa
y dentro de cada casa, en todo cuarto,
cantan y alborotan a todas horas. Y

es que el clima y la superabundancia
de alimentos hacen de Valencia cam-
po abonado para la propagación y
desarrollo de esta clase de aves. Y
así, en cada corredor suele haber un
departamento o varios departamen-
tos, en los que no faltan las gallinas,
y entre las gallinas, los pollos que
cantan y cantan, y que nos despiertan
y molestan a los que por una o
varias noches visitamos Valencia. Y
a propósito de pollos. Qué asefita-
dos y qué bien peinados los hemos
visto pasear por la calle de la Paz
y por la Plaza de Castelar. Su pan-
talon ancho, muy ancho, y su ameri-
cana corta, muy corta. Pero no pa-
dece, no, no padece, parece que se
rumorea la requisa de aves para los
heridos de guerra, y en ese caso, la
perspectiva para Valencia, es que
pronto, muy pronto, se verá libre de
pollos y libre de gallinas. ¡Y qué
bien dormiremos entonces los que por
una o varias noches visitemos Valen-
cia!

Del 9 largo

Decía Largo Caballero el domingo
que nosotros éramos muy inocentes
todavía; que creíamos aún en que to-
dos éramos personas decentes. Efec-
tivamente, camarada, queremos creer-
lo, hemos querido creerlo, pero aho-
ra... ahora no lo creemos.

¡Inocentes!... Si, políticamente, so-
mos algo inocentes. Para serlo no nos
ha faltado ni aun nuestro Heródes.

¡Ah!... Pero nuestro Heródes no
tiene la vieja espada legendaria con
la que segaba el gañotito a los infan-
tes galileos. Nuestro Heródes viene
armado con armas más modernas, con
armas que machacan y siegan.

El novísimo juego del avestruz. Se
marchan ustedes al campo, escogen
un montoncito de arena, meten la
«cholan» y... no hay nadie que los vea.

Antes se lanzaba un discurso con
algo de importancia, y aun los en-
emigos lo comentaban.

Ahora... ¡AHORA no dice nada!

Visado por la censura

La marina mercante española, inerme ante la fuerza naval de las potencias fascistas, ve sus buques apresados y hundidos. Pero ve también cómo en todos los confines del mundo se levanta la admiración a sus gestas heroicas

Muchas y muy diversas han sido las manifestaciones que el pueblo español ha realizado, templando en el heroísmo su capacidad combativa en pro de la libertad; pero quizás entre todas, la más estoica, la más sacrificada, la más serenamente abnegada, es la de nuestros marinos mercantes.

Ellos han sido, son y serán uno de los vehículos de la victoria;

Ellos, en esta época dura que el transaccionismo internacional nos ha impuesto por mediación del control, en que las fronteras terrestres españolas se han visto cerradas, en un boicot injustificado y profundo al Gobierno legítimo de España, los marinos mercantes han sido los hombres que con su colaboración callada y diariamente renovada han hecho posible que la victoria no se nos fuera para siempre de entre las manos.

El Mediterráneo conoce su paso, sus odiseas, sus riesgos, y muchas veces sus naufragios y su muerte. En el Mediterráneo vivieron la paz, y en el Mediterráneo

siguen viviendo la guerra, con el estoicismo del que cumple una misión de guerra sin más armas que un buque lento e inerme y sin más apoyo que el de su voluntad, heroicamente dirigida hacia la victoria, hacia la cooperación a la victoria.

Nada les ha importado que la piratería fascista se cebase sobre los costados frágiles de sus buques mercantes; nada les ha importado que las naves piratas acechasen los pasos más frecuentes, para descargar sobre esos buques, convertidos en nuevas víctimas propiciatorias, sus obuses y sus torpedos; eso para ellos significaba quizás la muerte; pero la muerte era poca cosa, bien poca cosa, para aquellos hombres que estaban firmemente decididos a cumplir hasta el fin la misión augusta que el pueblo combatiente de primera línea les había encomendado. Su colaboración era necesaria; y ellos supieron prestarla en todo momento, heroicamente, profundamente. Muchos cayeron para siempre y sus cuerpos desgarrados se hundieron en los mares que tantas veces contemplaron en serenos atardeceres, en borascosas madrugadas; pero la riada de material de guerra continuaba llegando a las costas es-

pañolas y los soldados disponían de las máquinas de guerra necesarias para cerrar el paso a los invasores.

Los marinos mercantes españoles, junto con marinos mercantes de otros pueblos que han sabido comprender la trascendencia que para su propio futuro tiene la lucha que en las tierras de España se está ventilando, han visto caer a muchos de sus hermanos de profesión y de trabajo; ellos mismos, muchas veces, han sentido la angustia de verse atacados sin otra posibilidad de defensa que el refugio en un puerto cercano, o junto a una costa amiga; pero han tenido también la satisfacción de ver cómo en todos los confines del mundo crece de una manera firme la admiración por su valor sereno y abnegado, por su estoicismo ante la muerte y ante el peligro. Y este es el mejor premio que a los marinos mercantes puede darse; este es quizás el único premio a que los marinos mercantes aspiran.

Logrado esto, ellos volverán a fumar tranquilamente apoyados en la borda de sus buques, viendo cómo entre las aguas hervidoras de su estela se van agrupando los colores en un estremecido ¡Viva la Libertad!

ceder, han destrozado la unión de las filas socialistas.

Para los trabajadores ha hablado Largo Caballero. Por eso lo ha hecho sincera y claramente. Seguros estamos de que ni una sola de sus palabras se habrá perdido para el pueblo. Tenemos la convicción de que lo que ha dicho él constituirá base de actuación socialista dentro de los Sindicatos de la U. G. T. Basta tener en cuenta esto, para comprender que Largo Caballero, mediante el acto celebrado ayer en Madrid, acto con el que no ha entorpecido la labor del Gobierno, ni ha especulado personalmente con errores ajenos, la tendencia revolucionaria que este camarada representa, volverá muy pronto a dar pruebas de que sabe manejar el timón que algunos suponían ya en otras manos.

Al examinar causas y detalles de la situación en que se encuentra la U. G. T.; al manifestar sus opiniones respecto a la unificación política de los Partidos marxistas; al declarar el concepto que le merece la conducta leal de nuestra Organización; al defender el pacto de alianza revolucionaria establecido entre la C. N. T. y la U. G. T.; al abordar el problema de la unidad juvenil, lo mismo que al explicar la crisis que atraviesa el Partido Socialista, el camarada Largo Caballero ha tenido concisión, cordura y acierto muy difíciles de superar. Era más que un latiguillo vulgar y algo más que una simple arenga también la frase con que ha terminado su conferencia, de cara a los trabajadores. Al decir «a luchar por la guerra y la revolución», el camarada Largo Ca-

Gloria y martirio en la epopeya asturiana

Por Federica MONTSENY

Mañana, cuando haya pasado el tiempo, cuando la Historia se incline sobre los hombres que la escribieron, no se hallarán palabras para expresar lo grande, lo desesperado, único de esta lucha y de este esfuerzo.

Asturias resiste. Resiste minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día, semana tras semana. Palmo a palmo han de conquistar el terreno los fascistas. Los mineros, los campesinos, los pescadores, los metalúrgicos, toda Asturias, indomable y brava, resiste. Las mujeres junto a los hombres, los hijos junto a los padres, las madres junto a los hijos.

¡Sagunto y Numancia! ¡Qué son Sagunto y Numancia comparados con esta tragedia y esta epopeya popular de Asturias! ¡Qué serán Sagunto y Numancia frente a lo que es y será la lucha, la resistencia y el heroísmo de Asturias!

¡Ah! ¿Reís vosotros, viejos países, razas decrepitas, pueblos muertos, sin virilidad colectiva, sin sexo en el alma? ¿Reís vosotros, viejas raposas, celestinas de Occidente, prostitutas de la diplomacia? Un pueblo joven, una raza fuerte, salvaje, ruda, se afianza sobre los tacones, yergue la frente, jamás humillada, mira al cielo y os escupe el rostro.

Mañana vosotros seréis estigmatizados, sumidos en la sima de la condenación y del anatema. Ellos, las víctimas inmoladas, el pueblo poderoso y nuevo, elevado a la categoría, jamás alcanzada, del pueblo Mesías, de divinidad colectiva.

¿Cómo se baten, cómo luchan, cómo viven y cómo mueren! ¿Qué fueron las guerras de ayer, las luchas de ayer, los esfuerzos revolucionarios de los pueblos, las tragedias vividas por las masas, comparado todo con esto, alucinante, terrible, magnífico? Y ellos, en su gran soledad, se sienten más fuertes, más dispuestos al supremo sacrificio, al definitivo esfuerzo.

Nosotros estamos aquí, contemplando el drama, cómo se escribe a raudales de sangre el poe-

ma épico más grande que han visto los siglos. Estamos aquí, inclinando las frentes, abrumados, mordiendo los puños, impotentes, soñando con ellos, viviendo con ellos, deseando tener alas para poder volar en masa hacia ellos.

Todo palidece, todo se esfuma, todo desaparece ante la evocación de Asturias. Hasta el propio ejemplo de Madrid, la propia bravura de Madrid, se ve superada en ese gesto prolongado, áspero, sobrio, de Asturias.

Y si Asturias es octubre y octubre es España, es la Revolución triunfante, el genio rebelde, la esperanza de las multitudes, la voluntad de unidad y de triunfo, toda España ha de convertirse en Asturias. Hay que crear la mística de Asturias, la exaltación de Asturias, para elevar al paroxismo la tensión heroica en que ha vivido el pueblo español desde octubre.

Nuestra raza es rara, contradictoria, desconcertante, incomprensible para cuantos no pertenecan a ella. Nadie sabe, ni nosotros mismos, qué cantidad de reservas morales, de sorpresas, de imponderables viven y se agitan entre nosotros, y hay algo racial, congénito, que alienta en todos, que en todos duerme y que despierta, vivo y enérgico, en los momentos decisivos: el sentimiento, la admiración ante el valor, el afán de la emulación viril. Cuando todos los hombres inclinan la cerviz y doblan la rodilla, el español levanta el rostro. Es rudo, selvático, inculto, primitivo, fuerza elemental puesta en fuego, viva e incontrolada. Y salta. Y surge. Y se planta en mitad de los caminos. Don Quijote, fantástico y loco, ilusionado y sobrehumano, revive y se multiplica. Don Quijote, que es ardor combativo, fe en valores superiores, olvido de sí propio. Don Quijote, sin alazán, sin armadura, sin escudero, sin título y sin libros de caballería. Don Quijote, que se ha hecho mitero, campesino, metalúrgico, marino, miliciano. Don Quijote, revolucionario, redimido de sí mismo, que materializa su ideal y lo hace afán de realidad inmediata, urgente, inaplazable.

¡Asturias! ¡Hombres recios como cedros, valientes como leones...! El viejo romance heroico se hace vida en vosotros, actualidad y eternidad. ¡Mujerucas de rostros arrugados, de manos secas como sarmientos! ¡Niñas de rubias trenzas; chavales ágiles como ciervos, que triscabais un día tras los rebaños, por los valles umbríos y las colinas esmaltadas de rojas flores! Las gargantas de los montes resuenan, llevando de un confin al otro de Asturias la voz iracunda de la metralla. Los obuses revientan las montañas, horadan las minas, cubren de restos humanos esparcidos la tierra bendita que un día fue clara y alegre bajo un sol de oro.

¡Dolor de dolores el de las madres que asisten a esta lucha a brazo partido con la muerte! ¡Cornelia reencarna en este tipo estoico de mujer tenaz y fuerte, combativa y enérgica como nuevas Walkyrias!

¡Así, como los hombres, rapaz! ¡Vamos a morir todos, pero se acordarán de nosotros los hijos de la su madre!

¡Brava Asturias! ¡Tenemos coraje y vergüenza de estar tan lejos, de no poder luchar y morir con vosotros!

Pero sois guión, norte, ejemplo. La huella de vuestras plantas gloriosas la seguiremos todos. De cara a la muerte o a la victoria.

UN DISCURSO HISTORICO

LARGO CABALLERO NO DEFRAUDO LAS ESPERANZAS DE LA CLASE TRABAJADORA

Como es sabido, se celebró ayer, en cinco locales de Madrid, la anunciada conferencia del camarada Largo Caballero, acerca del tema «La Unión General de Trabajadores y la guerra». No obstante haber sido muy riguroso el control en las invitaciones para el acto, los locales se encontraban llenos. El secretario general de la U. G. T. habló en el coliseo Pardiñas, que presentaba un aspecto imponente. En los carteles, delante de los palcos, aparecía reiterada muchas veces la figura noble de Pablo Iglesias, y en diversos lugares del local, las banderas rojas de los más antiguos Sindicatos de la Unión se desplegaron cerca de la bandera rojinegra de la Federación Local de Sindicatos Unicos de Madrid, de la F. A. I. y de las Juventudes Libertarias.

En el escenario, rodeando al camarada Largo Caballero, cuya aparición ante el público fue saludada con ovaciones frenéticas y vitores enardecidos, había destacadas figuras del socialismo español, entre las cuales podemos citar las siguientes: Pascual Tomás, Luis Araquistáin, Carlos de Baráibar, Carlos Rubiera, Wenceslao Carrillo, Angel Galarza, Romero Solano, Gómez Egido, Enrique de Francisco, etcétera. También estaban en el escenario el compañero Germain de Sousa, secretario peninsular de la F.

A. I., y a su lado vimos a diversos representantes de los periódicos libertarios «C. N. T.», «Castilla Libre» y «Nosotros».

Largo Caballero saludó al público, que le aclamaba, con el puño en alto, y, poco después, mientras seguía, atronadoras, las ovaciones, entrelazó ambas manos, en mudo homenaje a la línea honrada seguida por la Confederación.

Hecho el silencio, el secretario general de la U. G. T. empezó su discurso sereno y frío; su emoción quedaba velada por la palabra segura y clara.

Habló extensamente. Durante cerca de tres horas, el proletariado madrileño, el que con su asistencia al acto manifestaba rotundamente cuál es su opinión acerca de la situación en que nos encontramos, siguió atentamente su discurso, interrumpido con frecuencia por demostraciones de afecto, de entusiasmo y de aquiescencia.

No disponemos de espacio para intentar dar una referencia, por reducida que ésta fuese, del discurso del camarada Largo Caballero. Sólo señalaremos que, mediante él, el líder del socialismo español, no sólo ha rechazado cuantas calumnias se han lanzado contra él, sino que ha puesto los puntos sobre las íes de determinada política y ha acusado francamente a quienes, con su pro-